EL EXPEDIENTE DE EROS

PSEUDÓNIMO: EUDAIMONIA

El neón fundido del asador Erixímaco parpadea con un zumbido eléctrico que taladra las sienes. En la mesa del fondo, bajo un extractor de humos que lleva diez años sin limpiar, seis hombres celebran el ascenso de Agatón a la Jefatura de Contratación Pública. Sobre el mantel de papel blanco, manchado de vino barato, descansa una bandeja de croquetas congeladas que se han abierto por la mitad en la freidora, derramando una masa pálida y triste. Al lado, un plato de costillas de cerdo resecas, tiesas como dedos de momia.

Fede se limpia la grasa de la comisura de los labios con una servilleta que raspa como papel de lija. Lleva media hora dando la turra.

—Lo que os digo es que el amor nos eleva —insiste, con los ojos vidriosos por el Rioja de garrafón—. Es el motor de la excelencia. Un hombre enamorado es incapaz de cometer una vileza porque le aterroriza decepcionar a su pareja. El amor es pureza, joder. Es la única fuerza sagrada que nos queda.

Aristófanes, el director de Recursos Humanos, suelta una carcajada tan brusca que escupe un trozo de costilla sobre la mesa. Se afloja el nudo de la corbata y mira a Fede con la compasión con la que se mira a un perro atropellado.

—Eres un idiota, Fede. Un idiota poético, que es la peor variante. ¿Pureza? ¿Lo sagrado? No tienes ni puta idea de lo que es el amor. Deja que te explique de dónde venimos.

Los demás se reclinan en las sillas de plástico. Aristófanes coge un palillo de dientes y lo apunta hacia la lámpara.

—Al principio, los seres humanos éramos esferas perfectas. Teníamos cuatro brazos, cuatro piernas, dos cabezas y dos sexos. Éramos la máquina administrativa definitiva.

Podíamos rellenar un impreso de solicitud por triplicado con unas manos, mientras con las otras sellábamos el anexo. Éramos productivos, eficientes, imparables. Y claro, a la Dirección General —llámalo Zeus, llámalo Dios, llámalo El mercado— le entró el pánico. Éramos demasiado autosuficientes. Así que bajaron con un hacha de carnicero y nos partieron por la mitad.

Aristófanes parte el palillo en dos con un chasquido seco y tira los trozos al plato de costillas.

—Nos dejaron con dos tristes piernas y dos brazos. Nos desequilibraron. Y desde entonces, lo que tú llamas Eros o Amor, no es más que el pánico biológico y financiero de haber sido amputados. Nos pasamos la vida buscando a nuestra otra mitad. Pero no por romanticismo, Fede. Lo hacemos porque necesitamos que alguien pague la mitad del alquiler. Buscamos desesperadamente a otro desgraciado para juntar dos nóminas de mierda, pedir una hipoteca a treinta años y no morirnos de frío en un piso interior sin ascensor. El amor es un mecanismo de supervivencia fiscal. Somos facturas partidas por la mitad buscando su resguardo.

La mesa estalla en carcajadas cínicas, excepto Santos. Santos es el interventor. Lleva un traje gris ceniza y revuelve el hielo de su vaso de tubo con el dedo índice. No se ha reído.

—Hablas muy bien, Aris —dice Santos. Su voz es baja, pero tiene la densidad del plomo. La mesa se calla de golpe—. Pero confundes al amor con el objeto amado. Te crees que el amor es el fin de la angustia, cuando en realidad es el origen.

Santos apoya los antebrazos sobre la mesa pegajosa.

—Hace años, una vieja auditora de Hacienda llamada Diotima me explicó lo que era el Eros. Vosotros pintáis al amor como un dios hermoso, delicado, un príncipe con la cuenta

corriente llena. Todo mentira. El amor es un bastardo. Su madre es la pobreza absoluta y su padre es el maquiavelismo. El amor nace en la indigencia, duerme en el suelo, va descalzo, es áspero y siempre está hambriento. Pero como heredó la mala leche de su padre, es un conspirador brillante. Siempre está tramando cómo conseguir lo que le falta.

Santos mira a Fede directamente a los ojos.

—No te enamoras porque estés lleno de luz. Te enamoras porque estás vacío. Eres un agujero negro con traje. El amor es la constatación aterradora de que te vas a morir y te vas a pudrir bajo tierra. Es el instinto puro y duro de agarrarte a un cuerpo hermoso, o a una mente brillante, para intentar engendrar algo —hijos, dinero, ideas, un miserable pisito en la playa— que sobreviva cuando a ti te coman los gusanos. El amor es el egoísmo más salvaje y desesperado del universo disfrazado de poesía.

Antes de que Fede pueda ofenderse, la puerta de cristal del asador se abre con una violencia que hace tintinear las copas.

Es Alcibíades, el concejal de Urbanismo. Viene borracho como un piojo, con la camisa fuera del pantalón y la corbata anudada en la frente como si fuera un kamikaze japonés. Trae una botella de ginebra a medio empezar en la mano izquierda.

—¡Burócratas de mierda! —grita, arrastrando las palabras. Tropieza con una silla vacía, casi se abre la cabeza contra una columna de ladrillo visto, pero logra estabilizarse agarrándose al respaldo de Santos. ¡Aquí estáis! ¡Filosofando sobre la nada mientras el mundo se hunde! Hijos de puta.

Alcibíades mira la coronilla de Santos y su rostro se desfigura. Es una mezcla de odio visceral y devoción patética.

—¡Este! —grita el concejal, señalando a Santos con la botella de ginebra, derramando un chorro sobre los platos—. ¡Miradlo! Parece inofensivo. Parece que te

escucha. Tú te abres en canal, le cuentas tus miserias, le ofreces tu carrera, tu influencia, te humillas ante él... ¡Y él te mira como si fueras un error tipográfico en un pliego de condiciones! ¡Es de hielo! ¡Es un monstruo! ¡Un hijo de la gran puta!

Alcibíades se echa a llorar. Un llanto grotesco, ruidoso, lleno de mocos y baba. Se deja caer de rodillas junto a la silla de Santos, abrazándole las piernas con una desesperación infantil.

—Te odio, Santos. Te odio porque no me necesitas —solloza el político, hundiendo la cara en el pantalón de pinzas del interventor—. Daría mi puesto, mi coche oficial y a mi mujer solo para que me miraras con un gramo de la necesidad con la que yo te miro a ti.

El asador entero se ha quedado en silencio. Solo se oye el zumbido del extractor de humos, los mosquitos estallando ante la luz azul que los atrae y los hipidos patéticos del concejal de Urbanismo, tirado por los suelos, arrastrando su dignidad por las baldosas grasientas.

Santos no aparta las piernas. Tampoco le acaricia la cabeza. Se limita a mirarlo desde arriba, con la frialdad clínica de quien observa a una chinche atrapada en una gota de ámbar.

Coge un trozo de costilla del plato de Aristófanes, le da un mordisco y mastica despacio, mientras el amor, desnudo, borracho y humillado, sigue llorando a sus pies.